

Munoz Barberán

## **UN PINCEL QUE ES HACHON DE LUZ Y FUEGO**

Muñoz Barberán puede señalarse en el momento presente como el máximo representante del paisaje urbanístico murciano, al que ha dedicado no poca atención, repitiendo temas urbanos desde todas las angulaciones posibles, sin desdeñar la dificultad propia del adorno, la floritura y el encaje del barroquismo murciano, donde la piedra no se da en un estado austero, sino cuajada siempre de matizaciones. Unas veces por mor de la mano que la ha trabajado, otras por efecto de los elementos climatológicos sobre la carne arenosa, fácilmente vulnerable, de la piedra, cuya cantera local es muy propicia a dejarse atacar por la viruela del tiempo, adoptando un aspecto terroso, de barro, de cacahuete asolado.

Tratar de representar lo barroco con un lenguaje igualmente barroco es un vicio en el que muchos, consciente o inconscientemente, caen por defecto de perspectiva óptica. Pero Muñoz Barberán, que gasta gafas, no tiene un ápice de ciego, aunque algo tenga de miope o astigmático, y recoge la urbanística local con una pincelada larga, sintética, fresca de color, desenvuelta de trazo, que si algo pregona es una sencillez de ejecución que le sustantiva. Por lo tanto, búsquese en su quehacer el tema barroco, que se encontrará habitualmente, al contrario de lo que ocurre en su lenguaje, que es sencillo, elemental, al alcance de cualquier entendederá.

Quizás este laborar para que se le entienda, este expresarse mediante un lenguaje al servicio del común de los humanos y no de la minoría exquisita o extravagante, que en las apreciaciones los extremos del gusto convergen, le haya valido algún correctivo por parte de algún observador



imparcial y apresurado. Se desvanece esta idea cuando se analiza en conjunto su obra, no una aislada, a salto de mata, sino la trayectoria absoluta, que es lo que debe de contar, cuando se encuentra uno con composiciones ante las que es difícil yugular las adjetivaciones que inspiran.

Lo primero que destaca de Muñoz Barberán es la firmeza y convicción de su dibujo. Ese que late bajo la pasta de cualquier cuadro que lleve su firma. En la grafía, en el abocetamiento previo, reside la voluntad de llevar adelante la ejecución, es como la prueba del ácido que ha de pasar necesariamente, pudiendo después apartarse tanto de la idea inicial como sugerencias y caprichos vaya reclamando el proceso de la creación. Esto significa que Muñoz Barberán precisa de una idea, siquiera vaga, para arrancar, pero que a medida que avanza puede olvidarse totalmente de ella, o rectificarla, o anularla, o hasta negarla. Lujo o arrogancia que sólo puede permitirse quien tenga la segura certeza de que domina el tema que ejecuta.

Hace ya mucho tiempo que Muñoz Barberán ha dejado de dar color a sus dibujos. En los cuadros de su etapa de madurez comienza a fundirse la silueta externa con la masa interna, presentándose como un volumen uniforme que pregona aquello de en la vida real las líneas no existen, las líneas las inventan los humanos para representar la realidad de las formas. Recurre entonces a un sistema, que en él es habitual, consistente en llenar los fondos con un color casi monocromo, muy batido y fundido en la paleta, pero que deja transparentar la tramazón del lienzo, sobre el cual perfila los volúmenes, cuyos detalles serán inevitablemente conseguidos a base de superponer un tono de naturaleza contraria: gama fría sobre caliente o viceversa.

Esto da frescura y lozanía a la obra —aunque a veces se configure un tanto artificiosa— destacando las pinceladas cortas, casi puntilladas que dejan una vigorosa huella o surco en el soporte, dan sensación de puntos de luz, alumbran o apagan, aproximan o alejan.

En su paleta destacan los azules y los dorados muy incendiados siempre por un sol que baña desde el trasfondo, sin que se limiten a unos tonos repetitivos, sino más bien a una gama amplia donde son frecuentes las degradaciones tonales.

Se ha destacado a Muñoz Barberán como paisajista urbano —que lo es con preferencia al paisaje rural—, pero también es de justicia destacar su condición de retratista y su dominio indiscutido de la figura humana, sobre todo en composiciones donde se mueven muchas, como ocurre, y con qué precisión del espacio se ocupan en el plano del lienzo, en sus aproximaciones al tema de las carnavaladas, las procesiones, y los Entierros de la Sardina, que inundan la noche con el fuego de los hachones. Hachón es su pincel. que incendia el día y la noche de luz y fuego.

ANTONIO MARTINEZ CEREZO

De la Asociación Española de Críticos de Arte









# XINER

GALERIA DE ARTE

SERRANO, 8 - VALENCIA

DEL 1 AL 16 DE ABRIL DE 1975

De 12 a 1 y de 7 a 9 — Teléfono 31 26 99

BELMAR - Polo de Medina, 12 - Murcia - 375